

CAPITULO IV

LAS CANTIDADES

I. Relación de las ideas con los números.—II. Diferentes especies de números.—III. Explicación de un curioso pasaje de Aristóteles.

I

Muchas veces se ha confundido el Platonismo con el Pitagorismo, que reduce todas las cosas á la cantidad de la cual hace el elemento universal. Esto es desconocer el carácter propio del platonismo, en el cual la noción de la cualidad ocupa el primer lugar, de tal modo, que la existencia misma parece desvanecerse en las cualidades que la determinan. Percibir en todo la cualidad, sin la cual nada es inteligible, y que es, por consiguiente, la parte del pensamiento en las cosas, tal es el fin de Platón. Lejos de reducirlo todo á la cantidad, reduce la cantidad misma, como todo lo demás, á la *cualidad* que la domina y la hace perceptible por el pensamiento.

Tomemos, por ejemplo, el número ó la cantidad matemática. Como hemos visto, el número no se basta á sí mismo. Es una unidad abstracta ó una colección de unidades abstractas de la misma especie y, consiguientemente, combinables. Todo número se re-

duce á las unidades que lo componen, si se le considera desde un punto de vista exclusivamente matemático. Pero si nos colocamos en el punto de vista metafísico, reconoceremos que el acto del espíritu que concibe un número, por ejemplo, el número *cuatro*, es un acto especial, perfectamente distinto de la concepción separada de las unidades componentes. El número cuatro, aunque matemáticamente reducible á cuatro unidades, es un número *sui generis* desde el punto de vista metafísico, y la noción de este número no puede confundirse con ninguna otra. Es una simple combinación de unidades matemáticas iguales entresí, lo concedemos; pero entre todos los modos posibles de combinar las unidades, el número cuatro es una combinación especial determinada, que tiene carácter específico y propiedades particulares, hasta el punto de que el espíritu nunca confundirá el grupo de cuatro unidades con cualquier otro grupo. Hay, pues, según Platón, en este número algo más que la unidad matemática; hay un principio de cualidad y determinación específica que diferencia y distingue al número cuatro, y que, al mismo tiempo, le imprime cierta unidad propia, distinta de las unidades componentes y de su colección abstracta. Kant dijo más tarde: «Las nociones de las unidades individuales que entran en un número compuesto no dan la noción *una* del compuesto. Esta unidad que reside en el número cuatro, supone una síntesis del espíritu distinta de las unidades que el análisis descubre en este número.» Platón ha concebido algo análogo. Ha percibido en cada número cierta unidad diferencial y específica, un elemento formal é inteligible, la cualidad en la cantidad. Por eso ha puesto encima de los números matemáticos, los números ideales, los verdaderos números. Los números pura-

mente matemáticos no difieren sino por la cantidad; pueden repetirse, añadirse, combinarse; se contienen los unos á los otros, como el todo contiene á las partes. Pero las Ideas de los números son unidades esenciales que difieren por la cualidad, que tienen cada una su carácter propio, su individualidad distinta y que no pueden, en consecuencia, ni partirse ni combinarse juntos. Los números ideales no se contienen unos á otros; hay entre ellos, no la relación de lo continente con lo contenido, sino una relación misteriosa de generación y participación. La Idea del número cuatro no se reduce enteramente á la Idea del número dos; cada una tiene su valor específico, su elemento inteligible, su condición eterna de posibilidad, resultante de la naturaleza eterna del ser y de la naturaleza eterna del pensamiento.)

II

Concluyamos que los números, ó, en general, las cantidades, como la superficie, la línea, el punto, el triángulo, el círculo, tienen sus Ideas, sin las cuales no serían concebibles. La cantidad pura, considerada en sí misma, es algo absolutamente indeterminado. No es más bien esto que aquéllo, más bien lo grande que lo pequeño; es un no sé qué indefinidamente variable, siempre susceptible de aumento y disminución, que escapa verdaderamente á la inteligencia, y que sólo indirectamente puede ser percibido por un concepto grosero, λογισμὸς νοητός. La cantidad no es, pues, nada en sí misma, en tanto que no se la somete á determinaciones y límites, en tanto que la cualidad no viene á darle una forma.

Aquí reconocemos la materia indefinida del *Theetetes*. El carácter distintivo de la forma es la unidad; la materia, por el contrario, la cantidad pura, contiene en sí misma una pluralidad invencible; es la posibilidad sin límites del *más* y del *menos*; por consiguiente, de lo *grande* y de lo *pequeño*. El *más* y el *menos*, lo *grande* y lo *pequeño*, son dos términos esencialmente relativos, que no son nada en sí mismos, sino solamente en sus relaciones. No puede, por lo tanto, haber unidad en la cantidad pura é indeterminada; no se la concibe sino bajo la forma de la relación, y, por consiguiente, de la dualidad, puesto que toda relación supone, al menos, dos términos. De aquí el nombre dado por Platón á la cantidad pura, que llama la dyada indeterminada de lo grande y de lo pequeño. No se ha de confundir esta dyada indefinida con la dyada determinada, que es la Idea del número dos. La *δυάς ἀοριστος* no es un número, sino la materia de todo número. Para constituir el número propiamente dicho, hay que poner la cantidad pura, la materia, la multiplicidad indefinida en relación con la cualidad, con la forma, con la unidad. Pero (no lo olvidemos) esta unidad no tiene nada de matemática, y esto es lo que ha hecho que se engañasen muchos comentadores. No es una cantidad, es la cualidad pura.

Bajo estas formas matemáticas encontramos siempre la misma teoría metafísica, sólo los nombres han cambiado. Pero la dyada es, fundamentalmente, idéntica á lo que Platón llama en el *Sofista* el *no ser y lo otro*; en el *Filebo*, *lo indefinido*; en el *Timeo*, *la materia*. La unidad, á su vez, es siempre el Bien ó la perfección, principio de toda esencia, de toda forma, de toda cualidad.

Así llegó Platón á establecer una analogía entre las

Ideas y los números. Llámalas Ideas de los números, porque son la unidad en la multiplicidad. Pero no hemos de olvidar que esta palabra *número* no está tomada en el sentido matemático, y que la distinción de los números *ideales* y de los números *intermedios* es capital en el platonismo.

Sin embargo, Platón parece haber exagerado, al fin de su vida, y en su enseñanza oral, el simbolismo matemático de su teoría. Los diálogos no contienen huella de estas exageraciones.

III

Se halla en el *Tratado del alma* un ejemplo muy curioso, pero muy abstruso, de la aplicación pitagórica de los números á la teoría de las Ideas. «En los libros intitulados *Sobre la filosofía* (donde está expuesta la doctrina de Platón) se ha definido lo Viviente en sí conforme á la Idea de lo Uno y á las de la primera longitud, de la primera latitud y de la primera profundidad, y las demás cosas, de un modo análogo.» Lo Viviente en sí, tipo inteligible del universo, modelo concebido é imitado por Dios, era asimilado por Platón á la década pitagórica ó á la *tetractys*, formada por la adición de los cuatro primeros números. La unidad (unida primeramente á la primera longitud, es decir, á la Idea de *dos*, tipo y razón de toda longitud; después á la primera latitud, es decir, á la Idea de *tres*, tipo y razón de toda superficie, y, por último, á la primera profundidad, es decir, á la Idea de *cuatro*, tipo y razón de todo volumen) constituía la Tétrada ó Década, que envuelve en sí misma todas las formas posibles é inteligibles, y merece por esto ser símbolo

de lo Viviente universal. La continuación del pasaje confirma nuestra interpretación: «De otro modo, la inteligencia (intuitiva) es el *uno*; la ciencia (discursiva, matemática y lógica) es el *dos*, porque sólo por un camino se llega á la unidad; el número de la superficie (tres) es la *opinión*; el de lo sólido (cuatro) es la *sensación*. Porque los números eran llamados (por Platón) las Ideas mismas y los principios de los seres. Las cosas *existen* por los elementos (lo cual se acaba de decir); y, por otra parte, son discernidas, unas por la inteligencia (intuitiva), otras por la ciencia, otras por la opinión, otras por la sensación. Y estos números son las Ideas de las cosas.» Aquí se reconoce la Tétrada, que se encuentra por participación en la inteligencia humana como en lo Viviente inteligible. A los diversos números ideales, formas supremas de las cosas que encierra la existencia eterna, corresponden las formas diversas del conocimiento, que abraza todos los objetos, como la década abraza todos los números. Nuestro pensamiento lleva en sí un mundo como la Vida divina. A la unidad suprema corresponde la unidad de la intuición; lo simple no puede ser percibido sino por un acto simple; sólo de un modo se conoce la unidad; y, en la indivisible intuición que constituye el fondo inmutable de todo conocimiento, el sujeto es uno como el objeto; aún más, parece formar una sola cosa con el objeto. La ciencia discursiva recorre los seres, los atraviesa, va de un punto á otro, como la línea, cuyo tipo es la dualidad. Esto ya no es la unidad pura; comienza la multiplicidad; hay un punto de partida y un punto de llegada, y, entre los dos, como un movimiento rectilíneo. No es una simple participación de la unidad, sino también de la dyada; la parte de la materia múltiple se agrega á la del Bien uno.

Aristóteles hubiese dicho que la potencia viene á unirse al acto. En cuanto á la opinión, se limita á recorrer las superficies en su movimiento indeciso y variable, en lugar de penetrar el objeto con un movimiento rectilíneo; no es la dualidad pura, es ya la triplicidad; la parte de multiplicidad y materia va aumentando. Por último, la sensación no puede sino tocar y palpar lo exterior de las cosas en sus diversos sentidos; abraza, por decirlo así, las diversas dimensiones; tiene, consiguientemente, por tipo y principio, el número de lo sólido, el número *cuatro*. Ahora bien; esto es, al mismo tiempo, el privilegio y la inferioridad de la sensación. El número cuatro es completo; contiene en sí todos los elementos de la década (uno, dos, tres, cuatro); la sensación, que le corresponde en nosotros, abraza también las cosas en su conjunto; es una tétrada, pero confusa y sintética. Toda sensación envuelve oscuramente el mundo entero, lo universal; pero bajo la forma perfecta de la pura unidad, es decir, de la intuición racional. La sensación no tiene sino la unidad de una mezcla y no la de la simplicidad. Así, el conocimiento no es sintético sino en sus dos extremos: la unidad de la intuición perfecta y la tétrada de la sensación. Entre estos dos extremos se hallan los procedimientos analíticos y necesariamente incompletos, que constituyen el pensamiento discursivo ó lineal y la opinión superficial. Para que el conocimiento sea absolutamente completo, para que se produzca en sí mismo la unidad fundamental del objeto y la multiplicidad de sus formas, es preciso que sea la década, es decir, que comprende al mismo tiempo la sensación, la opinión, la ciencia y la intuición. Sólo entonces el Viviente inteligible, década eterna, eternamente derivada de la mónada, se refleja por entero en nuestra

inteligencia. Como él, nuestro pensamiento encierra todos los seres, todos los géneros, todas las leyes de las cosas; es un todo verdaderamente total y completo, según la expresión del *Timeo*, y participa así, por medio de los números, de la unidad infinita de la Universal.

En resumen, si se pregunta de qué cosas hay Idea, se responderá: Todo lo que es concebido distintamente por el espíritu, y, en consecuencia, abarcado en una unidad específica, tiene en la naturaleza eterna del ser y del pensamiento su propia razón, su idea distinta, principio y causa de unidad y diferencia. Todo tiene, pues, su idea, al menos todo lo que existe de algún modo, todo lo que tiene una forma, todo lo que es determinado, definible, concebible y nominable. La nada, la negación pura, está fuera de la Idea (1). Para todo lo demás, la lógica exige que Platón establezca Ideas. Por vacía, por despreciable que una cosa parezca, existe un todo, y no existe sino á condición de contener un elemento inteligible; es, pues, necesario que, en el ser eterno, y en el pensamiento eterno, y en la vida eterna, se halle la condición de su posibilidad y de su existencia, la *idea* de la cual tome su esencia y su forma. Platón vacila, sin embargo, en algunos puntos; pero, según la expresión de Parménides, la edad y la filosofía, llegando á la vez, debían conducirlo á la afirmación atrevida de este gran principio: **Todo tiene su Idea.**

(1) Y hasta la posibilidad de concebirla por medio de no sé qué grosero concepto tiene su fundamento en alguna Idea, probablemente en la de lo *otro* y del no-ser.
